

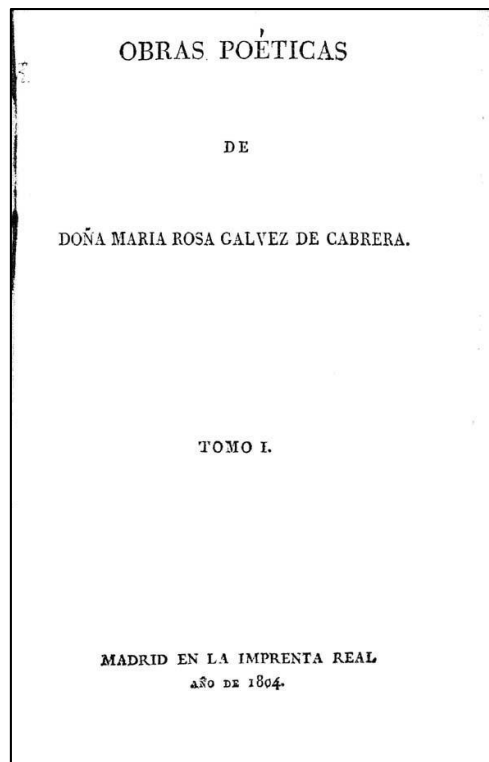
<b>AUTORA</b>	Gálvez de Cabrera, María Rosa
<b>TÍTULO</b>	<i>Obras poéticas de Doña María Rosa Gálvez de Cabrera</i>
<b>DATOS BIBLIOGRÁFICOS</b>	Madrid: Imprenta Real, 1804; 3 vols.; 4°.
<b>EJEMPLAR</b>	Madrid, Biblioteca Nacional de España, 1/28394 ; 1/25395 (Biblioteca Virtual Cervantes, <a href="#">tomo I</a> , <a href="#">tomo II</a> , <a href="#">tomo III</a> )
<b>NOTAS</b>	Las <i>Obras Poéticas</i> de María Rosa de Gálvez aparecieron en tres volúmenes. El volumen I, que comprende sus poesías líricas, una ópera lírica ( <i>Bion</i> ) y dos comedias originales (El egoísta y Los figurones literarios) se abre con una "Advertencia" de la autora a modo de <i>captatio benevolentiae</i> . El volumen II , que comprende su producción trágica ( <i>Saúl, Safo, Florinda</i> y <i>Blanca de Rossi</i> ) se abre, a su vez, con una "Advertencia" de la autora, en la que se reivindica como autora de drama original.
<b>RESPONSABLE</b>	Helena Establier Pérez



**Bieses**

Bibliografía de Escritoras Españolas

## PORTADA DEL EJEMPLAR



[h. 1r]

Obras poéticas de Doña María Rosa Gálvez de Cabrera.

Tomo I.

Madrid, en la Imprenta Real,

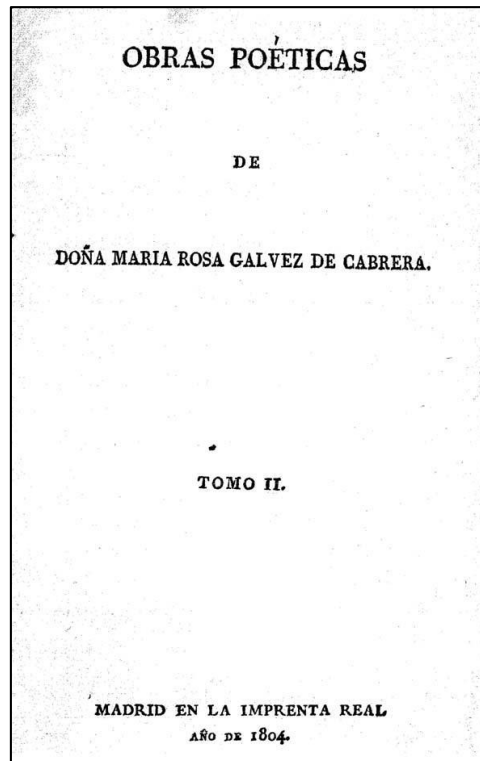
año de 1804.

[h. 2r] **Advertencia**

Las poesías líricas impresas en este tomo son por la mayor parte hijas de las circunstancias; y solo las presento como una prueba de lo que he podido adelantar en este género. Tales cuales sean unas y otras, confieso ingenuamente que no es mi ánimo entrar en competencias literarias con los que corren por poetas entre nosotros. Conozco la diferencia que hay entre unos talentos mejorados con el estudio y una imaginación guiada solo por la naturaleza. Por tanto, espero que, léidas estas obras sin prevención, logren la indulgencia del público.

[h. 3r]

La campaña de Portugal. Oda al exc. Señor Príncipe de la Paz.



[h. 1r]

Obras poéticas de Doña María Rosa Gálvez de Cabrera.

Tomo II.

Madrid, en la Imprenta Real,

año de 1804.

[h. 2r] **Advertencia**

Las tragedias que ofrezco al público son fruto de mi afición a este género de poesía y de mi deseo de manifestar que la escasez que en este ramo se advierte en nuestra literatura, es más bien nacida de no haberse nuestros ingenios dedicado a cultivarlo que de su ineptitud para haber dado en él pruebas de su fecundidad. En efecto, hasta ahora casi se puede decir que no tenemos una tragedia perfecta; pero ¿cómo las ha de haber en una nación que recibe con poco gusto estos espectáculos y cuyos actores huían no hace mucho al solo nombre de tragedia de exponer al público este género dramático que hace las delicias y constituye la mejor parte del teatro de otras naciones cultas? A la verdad en estos últimos tiempos parecía que iba mejorando la suerte de la tragedia en España: se han representado algunas con aceptación; pero por desgracia no podemos hacer gloria de ella, porque solo se [h. 2v] han aplaudido las extranjeras. No es mi ánimo inquirir si el serlo puede haberlas dado mejor suerte en el público; pero es indudable que en las de otro país se disculpan los defectos y se exageran con entusiasmo las bellezas, al paso que en las originales no hay la menor

indulgencia, lloviendo críticas y aun sátiras indecentes sobre cualquiera que se atreve a emprender esta dificultosísima carrera. Nada importa que la primera composición del gran Racine, de Corneille y otros trágicos franceses hayan sido detestables: a ellos se les disculpa de no haber llegado desde el primer ensayo a la perfección; pero el miserable español que se atreve a escribir una tragedia, ¡triste de él! Aunque haya en ella primores que compensen sus defectos, aunque prometa para lo sucesivo el ingenio del autor alguna considerable mejoría, no hay remedio; se critica, se satiriza; en una palabra, se le hace escarmentar, o acaso maldecir la negra tentación en que cayó de escribir original y no traducción. De aquí es que hay un diluvio de traductores y por milagro un ingenio. Sea dicho [h. 3r] sin ofender a nadie: es muy difícil traducir bien; pero hay tanta diferencia de esto a ser poeta como la hay de iluminar una estampa a abrir la lámina para tirar la misma estampa. Sin embargo, hoy vemos con extrañeza que cualquiera que traslada a mala prosa española los dramas extranjeros se cree ingenio, y aun se atreve a desacreditar a los verdaderos poetas originales (que algunos hay), valiéndose para dar más importancia a su trabajo de exaltar las composiciones de otros países y deprimir las nuestras. Como si Apolo hubiese negado su influencia a la nación que produjo los Lopes, los Calderones y los Moretos, y se necesitase para subir al parnaso escudarse de producciones extranjeras. Pero en vano es cansarnos. La misma nación, los mismos compatriotas del ingenio español, están contagiados de esta epidemia de predilección a los extraños y desprecio a los propios. Y no es porque entre aquellos sea todo excelente: hay entre sus composiciones, buenas unas, otras malas, y también pésimas. Pero en ellas por una sola escena buena, se sufren cinco actos insulsos y [h. 3v] lánguidos, por un solo carácter trágico se pasan muchos que no lo son; ¡y cuántas veces se gradúan de perfecciones sus defectos! Al contrario, un drama original no puede tener una situación, un verso, un descuido que se tolere: todo ha de ser perfecto; y si esto llegase a verificarse, que no es fácil, aún dudo si merecería el entusiasmo y los aplausos que se tributan a los extranjeros. En esta época salen a luz estas tragedias, que son originales, y sea cual fuere su mérito, solo son producción de una mujer española: nada hay en ellas traducido, nada hay tomado sino de la historia o suceso que ha dado asunto al drama. Por consecuencia, puedo llamar más estas composiciones con hartos más fundamento que los traductores, que se envanecen por el suceso de sus tareas en el teatro, sin reflexionar que los elogios públicos en semejantes representaciones o son al verdadero autor o más bien al desempeño de los actores, quedando solo para el traductor el interés pecuniario, injustamente asignado por lo regular a un trabajo que solo puede serlo para aquellos cortos ingenios que [h. 4r] nada son capaces de inventar por sí, y necesitan hallarse los pensamientos, la acción, el orden, y en una palabra, hallarse la obra compuesta para poder hacer algunos pinitos en la cuesta del parnaso. Atrevimiento es en mi sexo, y en estas desgraciadas circunstancias de nuestro teatro, ofrecer a la pública censura una colección de

tragedias; pero espero que se me disculpe por el buen deseo que me estimula a promover o excitar los ingenios españoles, para que despreciando, como es justo, la mordacidad de los miserables que les hacen tan indecente guerra, publiquen sus obras dramáticas. Entre las mías faltará mucho para la perfección; pero el sexo, y las continuas ocupaciones y no vulgares penas que acompañan mi situación, no me han permitido limarlas con más escrupulosidad; ni yo creo que por haberlo hecho adelantaría mucho, puesto que tal cual sea su mérito, es más bien debido a la naturaleza que al arte, con que no me ha sido muy fácil adornarla. No ambiciono una gloria extraordinaria, ni puedo resolverme a creer tanta injusticia en mis compatriotas [h. 4v] que dejen de tolerar los defectos que haya en mis composiciones con la prudencia que juzgo merece mi sexo. Si me engaña esta esperanza, estoy bien segura de que la posteridad no dejará acaso de dar algún lugar en su memoria a este libro, y con esto al menos quedarán en parte premiadas las tareas de su autora.

[h. 5r]

Saúl. Escena trágica unipersonal con intermedios de música.

